

## *Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente*

FRANÇOIS BÉDARIDA  
Instituto de Historia del Tiempo Reciente. París

### **1. UN GRAN CAMBIO HISTORIOGRÁFICO: LA REHABILITACIÓN DEL PRESENTE**

Cuando yo comencé mi carrera de historiador, hace casi medio siglo, la historia más cercana —la de lo muy contemporáneo— era mirada con suspicacia. Las cosas seguían siendo tributarias de la línea de separación trazada en el siglo XIX bajo la influencia de la escuela positivista, e institucionalizada desde entonces, entre la historia del tiempo presente y la historia en sentido estricto, aún cuando durante siglos había prevalecido la continuidad entre una y otra. La corporación de los historiadores, con su reglas, sus cánones y sus métodos de trabajo, permanecía fiel a las enseñanzas de los maestros del siglo anterior, como Taine y Fustel de Coulanges.

Según la división del trabajo comúnmente aceptada, se atribuía al historiador la investigación erudita, paciente y profunda sobre el pasado, al periodista el campo del conocimiento fluctuante de la inmediatez. Era propio de éste, recolectar información, prepararla, ordenarla, pero sin atribuirle las condiciones para someter el encadenamiento de los hechos a un verdadero análisis crítico y menos todavía a un esquema de interpretación como sabe hacer aquel otro.

De esta desconfianza muy extendida con respecto al tiempo presente es buen testimonio, por ejemplo, la obra clásica de la colección Clío *La época contemporánea (1871-1919)* aparecida en 1939 que redactaron Pierre Renouvin, Edmond Préclin y Georges Hardy, en la que se afirma desde la primera línea la imposibilidad de trazar un cuadro aceptable del periodo —que, sin embargo, se encuentra a cuarenta, cincuenta e incluso sesenta años de distancia—, porque, escriben los autores, «el trabajo de crítica histórica está apenas esbozado y las interpretaciones frecuentemente dominadas por las pasiones partidistas y nacionales»<sup>1</sup>. En la *Apología de la Historia*, cuenta Marc Bloch que

---

<sup>1</sup> Citado por F. Bédarida (dir.), *L'Histoire et le métier d'historien en France 1945-1995*. París, Ed. De la Maison des Sciences de l'homme, 1995, p. 75



*presente* en el momento en que parecía consagrarse definitivamente la expresión *historia inmediata*? La razón ha de buscarse, a mi parecer, por una parte en el déficit de contenido científico que denotaba ésta última, a pesar de una cierta audiencia entre los universitarios, y por otra, sobre todo, en el valor heurístico de la pareja pasado/presente totalmente ausente asimismo en ese concepto de inmediata. Esta me parece a mí la razón por la que tal concepto no se ha colocado en el centro del escenario.

En verdad, el término tradicional —y bien establecido— era el de *historia contemporánea*, ligado además a los programas de estudios en la enseñanza secundaria y superior. Pero, justamente, haciendo comenzar la historia contemporánea mundial en la Revolución Francesa, en nombre de la ideología democrática y republicana y de la identidad nacional, el término perdía progresivamente su sentido original a medida que la duración de esta historia se alargaba y se separaba ya casi dos siglos de 1789. ¿Cómo sostener, pues, que nosotros éramos los *contemporáneos* de Robespierre o de Napoleón? De ahí la sustitución del término radicalmente ambiguo de *historia contemporánea* por la expresión *tiempo presente* que se ha impuesto e institucionalizado.

Sin embargo, encontramos una cuestión de mayor calado: ¿cómo definir el presente? ¿No constituye un espacio de tiempo minúsculo, un simple espacio pasajero y fugitivo? Su característica, en efecto, es la de desaparecer en el momento mismo en que comienza a existir. En sentido estricto no se puede hacer *historia del presente*, porque basta con hablar de ello para que se esté ya en el pasado. Es obligado, pues, alargar este dato instantáneo del presente que se escurre bajo nuestra mirada a fin de darle sentido y contenido.

El asunto revierte a la cuestión del tiempo en toda su extensión, con su trilogía pasado, presente, futuro. Conocemos aquella célebre interrogación de San Agustín en las *Confesiones*: *Quid est tempus?* Y el gran africano responde: «si nadie me lo pregunta lo sé, pero si me lo preguntan y quiero explicarlo no lo sé». A través de esta aproximación que echa mano de la psicología, se viene a definir el presente, en una fórmula famosa, como el lugar de una temporalidad extendida que contiene la memoria de las cosas pasadas y la expectativa de las cosas por venir: «el presente del pasado es la memoria; el presente del presente es la visión; el presente del futuro es la expectativa»<sup>6</sup>. De hecho, en su sentido etimológico, la palabra *visio* en latín puede ser traducida como *mirada*, *atención*: la «visión» viene a ser así nuestro espacio de experiencia, nuestro campo de observación y de investigación. En otros términos: no hay pasado ni porvenir sino a través del presente. Observemos que Reinhart Koselleck se pronuncia en este mismo sentido cuando sitúa el acontecimiento en una tensión entre dos categorías temporales: el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa<sup>7</sup>. Si el pasado no existe ya, el porvenir permanece; si el futuro no

<sup>6</sup> Augustin Saint, *Confessions*, livre XI, XIV et XX. Trad. Garnier-Flammarion

<sup>7</sup> R. Koselleck, *Le Futur Passé: contribution à la sémantique des temps historiques*. París, Ed. de l'EHESS, 1990 (1.ª ed. alemana de 1979). (Existe traducción española.)

existe todavía, la expectativa del porvenir está presente. El presente es la transición entre lo que fue futuro y lo que deviene pasado.

Así la definición del presente se extiende entre un adelante y un atrás. El límite hacia atrás es simple: es el paso del presente a lo que está deviniendo pasado, es decir, el hoy, lo inmediato. Pero hacia adelante es donde se sitúa el verdadero problema, porque las definiciones y las fronteras no son tan claras ni tan netas como podría pensarse. Nuestra práctica en el IHTP ha sido la de considerar como tiempo presente el tiempo de la experiencia vivida. Por ahí se llega al verdadero sentido del término *historia contemporánea*, a saber, la experiencia de la contemporaneidad.

Se trata, verdaderamente, de un terreno movedizo, con periodizaciones más o menos elásticas, con aproximaciones variables, con adquisiciones sucesivas. Un campo caracterizado por el hecho de que existen testigos y una memoria viva de donde se desprende el papel específico de la historia oral. No sabríamos decir, por supuesto, si el tiempo presente comienza en 1914 o en 1945 o en 1989. Digamos que, en lugar de una temporalidad larga, designa más bien el pasado próximo a diferencia del pasado lejano. Lucien Febvre y Marc Bloch insistieron siempre en la solidaridad entre pasado y presente: «organizar el pasado en función del presente, es lo que se podría llamar la función social del historiador, escribía Febvre; «comprender el presente por el pasado y, sobre todo, el pasado por el presente», asegura Bloch<sup>8</sup>. Tal es la regla, y es por ello por lo que conviene que los historiadores no abandonen ese pasado próximo en manos de otras ciencias sociales, incluso si resulta normal que los sociólogos, los economistas, los politólogos, se interesen en este trozo del pasado y se consagren trabajos a ello desde disciplinas distintas de la historia.

En el camino del historiador el presente que nos acosa por todas partes tiene una tan significativa presencia que ha hecho decir a Marc Bloch: «el erudito que no muestra gusto por mirar a su alrededor, ni a los hombres, ni a las cosas, ni a los acontecimientos[...] se comportaría sabiamente renunciando al nombre de historiador»<sup>9</sup>. En consecuencia, la dinámica de la historia del tiempo presente tiene una doble virtud: de una parte, la reapropiación de un campo histórico, de una tradición antigua que había sido abandonada<sup>10</sup>, de otra, la capacidad de engendrar una dialéctica o, más aún, una *dialógica* con el pasado (de acuerdo con la fórmula bien conocida de Benedetto Croce «toda historia es contemporánea»).

En el plano científico ello lleva a volver a dar su pleno sentido al acontecimiento hoy rehabilitado después del descrédito al que lo había arrojado durante mucho tiempo una historia llamada «événementielle» (acontecimental) (aún cuando ni March Bloch ni Lucien Febvre fueron nunca hostiles al aconteci-

<sup>8</sup> L. Febvre, *Combats pour l'Histoire*. París, A. Colin, 1953, p. 426 et 438. M. Bloch, *op. cit.*, pp. 11-16.

<sup>9</sup> M. Bloch, *ibid.*, p. 14

<sup>10</sup> R. Rémond, «Plaidoyer pour une Histoire délaissée». *Revue Française de Science Politique* VII, 2, 1957, pp. 253-270.

miento en sí mismo). El *acontecimiento* —que en el tiempo corto se distingue por su carácter imprevisible, frecuentemente irracional incluso, parte de la *co-yuntura*, término de economía que se relaciona con los ciclos y las crisis— ha venido a ser de nuevo portador y progenitor. Como ha escrito Edgar Morin, «toda explicación que elimina la sorpresa y la incongruencia del acontecimiento es una interpretación que elimina la información que debe darnos ese acontecimiento mismo»<sup>11</sup>. Testimonio significativo sobre el peligro de devaluar el acontecimiento: el historiador americano Robert Darnton, reconociendo que había compartido durante mucho tiempo el punto de vista de los *Annales* braudelianos sobre la historia «événementielle»<sup>12</sup>, anota en su diario, después de haber asistido a la caída del muro del Berlín en el otoño de 1989: «debo admitir que antes fui de los que menospreciaban el acontecimiento. Pero cuando me he visto inmerso en una ola de acontecimientos revolucionarios, me he encontrado a mí mismo poniendo en cuestión mis certezas antiguas»<sup>13</sup>.

Concluamos en este punto. No solamente una ciencia histórica del tiempo se revela posible, sino que hay con ello lugar para responder a una «demanda social». El deber del historiador es no dejar esta interpretación del mundo contemporáneo a otros, bien sean los *media* o los periodistas (por no hablar de los propagandistas), o bien las otras diversas ciencias sociales.

### 3. OBJECIONES

Dos objeciones clásicas han reinado sin competencia en la condena de toda tentativa de lectura científica del pasado próximo. Primero, la sacrosanta noción de «distanciamiento» (*recul*), que parecía como el signo y la garantía indispensable de la objetividad. Como una trampa, acechaba al temerario que se aventurase en las arenas movedizas del presente: la implicación del historiador en su trabajo —una implicación capaz de hacer de él juguete de prejuicios, apetitos y pasiones—. Pero, ¿es tan necesario disponer de ese distanciamiento para ser capaz de aprehender los fenómenos, calibrar su medida y determinar su sentido? Si tomamos un caso antiguo, el de Edmund Burke, ¿quién mejor que él ha discernido desde 1790 los retos fundamentales de la Revolución Francesa? ¿No nos muestra ya su lucidez la de muchos historiadores posteriores? De otra parte, si bien es cierto que el historiador debe emprender la lucha contra el sentimiento y los prejuicios, ¿cómo escapar a toda subjetividad? Pero es que en este asunto el problema es el mismo para aquellos periodos distanciados que para el presente. ¿No se ha visto ahora, a propósito del bicentenario de la Re-

<sup>11</sup> E. Morin, Cl. Lefort y C. Castoriadis, *Mai 68: la brèche*. Reed. Bruxelles, Ed. Complexe, 1988, p. 276.

<sup>12</sup> A este respecto, en tanto que los *Annales* de los años 30 habían estado atentos al presente, constantemente pendientes del devenir del mundo y de las evoluciones en curso, la indiferencia hacia lo contemporáneo caracterizó los años 1950-1970.

<sup>13</sup> R. Darnton, *Berlin Journal 1989-1990*. New York, W.W. Norton, 1991, p. 10.

volución Francesa, las controversias y las pasiones florecer en las interpretaciones de 1789 y de 1793? Y ahora mismo las polémicas sobre Clodoveo, ¿no vienen a converger con las desarrolladas sobre Vichy? Marc Bloch contaba que siendo un joven profesor del Instituto de Languedoc su director le había advertido: «Aquí el siglo XIX no es peligroso. Pero cuando toque usted las guerras de religión sea prudente»...

Segunda objeción para la historia del tiempo presente: la carencia de fuentes —aun cuando frecuentemente se enuncia el argumento opuesto según el cual la superabundancia haría imposible controlarlas—. Evidentemente es difícil eludir esta cuestión. El problema de la accesibilidad a los documentos es esencial. Como es sabido, la tendencia general hoy en la mayor parte de los países es hacia el recorte de los plazos de apertura de los fondos recientes de los archivos públicos, ya sea en Europa o en América del Norte. Pero, además, junto a los archivos oficiales existen los archivos privados, los recuerdos, testimonios, entrevistas, historia oral, medios de comunicación, prensa concretamente, las múltiples publicaciones de documentos oficiales o semioficiales, la llamada «literatura gris», los trabajos de los periodistas de investigación, etc. Antes de concluir, dada la imposibilidad de la investigación que carece de fuentes, es preciso que sean agotadas las masas de materiales disponibles.

En realidad, la verdadera objeción a poner a la historia del tiempo presente sería la de que debe analizar e interpretar un tiempo del cual no conoce ni el resultado concreto ni el final. Henry Pirenne confesaba, por ejemplo, que en su *Historia de Bélgica* el volumen que le había dado más trabajo era el último que trataba de la época contemporánea. En vista de que no debían tenerse en cuenta más que aquellos hechos más importantes, es decir, los que habían acarreado grandes consecuencias, ¿cómo determinar cuáles eran? ¿Cómo apreciar el impacto de un acontecimiento si no se conoce su continuación? Pero, a pesar de todo, lo inacabado está lejos de constituir un obstáculo absoluto, como muestran el acierto de numerosas obras dedicadas a lo muy contemporáneo. Y además de todo esto, ¿es que el historiador no sabe que las construcciones históricas, por documentadas y bien trabadas que se encuentren, no son sino construcciones provisionales?

Lo que, por el contrario, debe ser afirmado como una exigencia absoluta para todo trabajo histórico, pero más todavía cuando se trata del tiempo presente porque en él la amenaza es más directa, es la independencia científica del historiador. La libertad es la condición *sine qua non* de la validez de la obra en historia. Se sabe a que despenaderos pueden conducir en los regímenes totalitarios los controles y las presiones de lo alto: al bloqueo, a la sumisión de la memoria, a la falsificación del pasado, según la fórmula famosa de Orwell: «el que controla el pasado controla el futuro, el que controla el presente controla el pasado». Pero las amenazas sobre la libertad del historiador pueden revestirse de formas más sutiles, incluso en los regímenes menos autoritarios y aún en las sociedades liberales, tanto si ellas proceden del Estado, como del mercado o de la presión social.

#### 4. HISTORIA Y TESTIMONIO

En historia contemporánea una parte importante del trabajo de investigación se hace con testigos vivientes. Esto ha dado lugar desde hace treinta años a un largo número de Coloquios, convertidos casi en liturgias, donde los historiadores de una parte y los testigos de otra han procedido concienzudamente a una confrontación entre la investigación y la memoria. De ahí ha surgido una especie de juego de roles, hecho de solicitudes y de desconfianzas, buscando los testigos la admisión y la legitimación, desvirtuando la autoridad de los historiadores, de su propia visión del pasado, mientras los historiadores intentaban hacer comprender a los testigos que, incluso si su memoria constituye un fuente de hecho apreciable —y frecuentemente irremplazable—, debe ser sometida a la crítica clásica del testimonio y no podría ser aceptada sin más, tal cual, como verdad histórica. Así es preciso constatar los límites de este método en el terreno científico, aun cuando siga siendo muy útil seguir recolectando los testimonios.

Si se reflexiona sobre la noción de *testigo*, la delimitación de su territorio y la definición de su estatuto parecen ya en principio como bastante borrosos. De hecho, la palabra *testigo* tiene tres sentidos distintos: uno empírico —e histórico—, otro jurídico y otro filosófico.

Primer sentido: un testigo, actor o espectador, informa de lo que ha visto u oído de un acontecimiento o una acción. De esta experiencia nace un relato y es en ese sentido en el que se habla de un testigo ocular o de un testigo que ha oído. Pero, en realidad, el testimonio no es la percepción misma, es un relato, una narración que implica un proceso de transferencia desde el testigo hasta el que recibe el testimonio. Un hecho por sí solo no testimonia nada. Solo testimonia si es interpretado.

En un segundo sentido, en el jurídico, el testigo que testifica un hecho del que ha tenido conocimiento directo se sitúa en un marco institucional, la justicia, y en un lugar, el tribunal. Es, por tanto, actor en un proceso, en un litigio o en una protesta, derivados de una violación del derecho que es la que se trata de reparar.

En un tercer sentido de naturaleza filosófica y ética, el testigo se erige en portavoz de la verdad. Es esta la función que causa frecuentemente más desacuerdos y respuestas en la confrontación testigos/historiadores. Los primeros afirman con toda sinceridad que lo que ellos dicen es la verdad. No se trata en modo alguno de poner en duda esa sinceridad, pero ¿la sinceridad de un testigo que presenta la debida cautela es la verdad de un saber, la de una fe o ambas? Se ve entonces de que manera el testimonio puede zambullirse en el universo de lo sagrado y lo absoluto. Esta es la razón por la que muchas veces los testigos son tan categóricos y tan violentos hacia los historiadores, aún si son, por lo demás, personajes corteses, amables.

Vayamos más lejos. El testigo no cree solamente decir la verdad, quiere transmitirla a otro. Me refiero aquí a lo que ha escrito sutilmente Shoshona Felman a propósito de la película *Shoah*: «Dar testimonio es siempre, implícita-

mente, comprometerse a responder de la verdad [...] Testimoniar —delante de un tribunal o del Tribunal de la Historia y del Porvenir, testimoniar igualmente delante de un público de lectores o espectadores— es más que dar cuenta de un hecho, un acontecimiento, más que narrar lo que se ha vivido, lo que ha dejado una huella, aquello que se recuerda. La memoria es convocada aquí a *requerir al otro*, para conmover al que escucha, para *llamarle* al seno de una comunidad [...] Testimoniar no es, pues, solamente, contar sino comprometerse y comprometer la narración delante de los demás, *hacerse responsable*, por la palabra, de la historia o de la verdad de un acontecimiento»<sup>14</sup>.

A partir de aquí puede establecerse una triple constatación. Primero, el testimonio se inscribe en una red de discursos, en la encrucijada del acontecimiento y de la palabra. Existe pues una ligazón entre la realidad y el lenguaje. Después, en materia de temporalidad, desde el momento en que el testimonio esté caracterizado por la contemporaneidad, la distancia temporal con los hechos referidos hace que el testigo se refiera a un pasado. El testigo deviene entonces un *testimoniante* portador de un discurso que busca conceder un sentido, es decir, una interpretación, a los hechos a los que asiste. Tercero, y lo más importante: el testigo no describe solamente lo que ha visto y oído, sino que queriendo establecer la verdad construye un discurso portador de unidad entre el testimonio de los hechos y el testimonio de sentido.

## 5. RESPONSABILIDAD DEL HISTORIADOR: HISTORIA Y VERDAD

----- Desde el nacimiento de la disciplina histórica se estableció un sólido contrato entre el historiador y la verdad. Pero el acento puesto al día siguiente de la guerra sobre la subjetividad del historiador bajo la influencia de la fenomenología y del existencialismo y más recientemente sobre la ficción y la deconstrucción bajo la influencia del posestructuralismo y del posmodernismo, han contribuido a relegar a un segundo plano, o incluso a poner en cuestión, este contrato de verdad.

Hoy, a mi modo de ver, es capital reafirmar muy alto esta exigencia de verdad, particularmente en materia de historia del tiempo presente, en la medida en que cuando se trata del pasado reciente, las certezas del saber están menos establecidas y las responsabilidades vis-a-vis de la sociedad están más extendidas. Esto requiere a la vez una gran ambición y un gran ascetismo en el caminar. Como ha escrito pertinentemente Roger Chartier «el historiador tiene como tarea dar un conocimiento apropiado, controlado, de esa población de muertos, personajes, mentalidades, precios, que constituye su objeto. Abandonar tal pretensión, quizás desmesurada pero absolutamente básica, sería dejar el cam-

<sup>14</sup> Sh. Felman, «A l'âge du témoignage: Shoah de Claude Lanzmann» in *Au sujet de Shoah*. París, Berlín, 1990, pp. 55-56



po libre a todas las falsificaciones, a todos los falsarios»<sup>15</sup>. Yo he tenido que ocuparme no poco de los falsarios; oigo a los «negacionistas», los que niegan el genocidio nazi. En este punto es preciso restaurar la noción de objetividad y coincido con Pierre Vidal-Naquet cuando sostiene que «en lugar de menospreciar los hechos es preciso llegar a sobrepasarlos».

Paul Ricoeur ha clarificado este comportamiento del historiador de cara al objeto histórico: «Una convicción robusta anima aquí al historiador —escribe— aunque se hable del carácter selectivo de la recogida, de la conservación y de la consulta de los documentos, de su ya previa relación con las cuestiones que luego plantea el historiador, incluso de las implicaciones ideológicas de todas estas maniobras; el recurso a los documentos señala una divisoria entre historia y ficción, a diferencia de la novela, las construcciones del historiador pretenden ser reconstrucciones del pasado. A través del documento y por medio de la prueba documental, el historiador queda sujeto a *aquello que fue un día*». Y Ricoeur concluye con una magnífica imagen: «hay una *deuda* en cuanto al pasado, una deuda de reconocimiento hacia los muertos, que hace de él [el historiador] un deudor insolvente»<sup>16</sup>.

Acercas de esta línea divisoria entre historia y ficción nuestra intransigencia debe ser absoluta. Sin duda, seremos muy conscientes del lugar ocupado por el mito y la gesta legendaria en todas las formas del conocimiento histórico, sea ello en la historia del pasado nacional, en historia obrera o en cualquier variedad de historia militante. Pero lo que es capital es mantener la resistencia de lo real y no organizar el campo de la historia alrededor de la estrategia interpretativa del posmodernismo que querría que las cosas se movieran en un mundo anterior a toda retórica. Defendamos este principio de base muy simple: la historia se basa sobre la idea de que existe una realidad exterior en el mundo que es susceptible de ser convertida en inteligible. Tal realidad detenta un grado de autonomía que es la base del conocimiento del pasado. Esta realidad es la que presenta el signo de la alteridad. El historiador no es un creador de ilusiones.

En la república del saber hay tres nociones que es preciso mantener cueste lo que cueste: la exterioridad de lo real, la objetividad, la verdad. Aún sabiendo que la objetividad absoluta nos es inaccesible. Reconociendo también que no se alcanzan sino verdades parciales y limitadas, no la verdad global y absoluta. Pero es a través de este empeño de objetividad, de esta conquista de verdades limitadas, como hemos de ejercer nuestro oficio de historiador. Y he ahí por qué escogí yo para ilustrar la cubierta de la obra sobre *La historia y el oficio de historiador en Francia, 1945-1995*, una bella pintura de Le Brun en el castillo de Vaux-le-Vicomte, en el Salón de las Musas, representando a Clío flanqueada por dos figuras alegóricas: la Prudencia y la Fidelidad.

[Traducción de Julio Aróstegui-Nieves García]

<sup>15</sup> *Le Monde*, 18 de marzo de 1993.

<sup>16</sup> P. Ricoeur, *Temps et récit*, t. III. París, Seuil, 1985, pp. 203-204.